

# La fe



CHARLES H. SPURGEON (1834-1892)

# LA FE

## Contenido

1. El objeto de la fe.....	4
2. La razón de la fe.....	7
3. La base de la fe del pecador .....	9
4. La garantía de la fe.....	12
5. El resultado de la fe .....	15
6. La declaración satisfactoria que hacen las Escrituras con respecto a los que tienen fe .....	18
7. Errores por cuya causa con frecuencia los creyentes están abatidos .....	22
8. Lo que esta fe incluye .....	26
9. Lo que esta fe excluye.....	28

© Copyright 2001 Chapel Library. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación
- 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

Publicado originalmente en inglés bajo el título *Faith: What It Is and What It Leads To*. En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

**CHAPEL LIBRARY**

2603 West Wright Street  
Pensacola, Florida 32505 USA

*Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227*  
*chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org*

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno:  
*www.chapellibrary.org.*

# LA FE

*“El que en él cree, no es condenado”.*

Juan 3:18

El camino de salvación se enuncia en las Escrituras en los términos más claros y aún así, quizá no exista verdad sobre la cual se hayan pronunciado más errores que sobre la concerniente a la fe que salva el alma. La experiencia bien ha dado pruebas de que todas las doctrinas de Cristo son misterios—misterios, no tanto en sí mismas, sino porque son ocultas para aquellos que están perdidos, aquellos a quienes el dios de este mundo ha cegado los ojos. Tan claras son las Escrituras, que uno diría: “Hasta el que está corriendo puede leerlas”; pero tan empañado está el ojo del hombre, y tan estropeado está su entendimiento, que distorsiona y deforma la verdad más sencilla de las Escrituras. Y así es, mis hermanos, aun a los que saben qué es la fe, personalmente y por experiencia, no siempre les resulta fácil dar una buena definición de ella. Creen que tienen que dar en el blanco, y después se lamentan de haber fracasado. Al esforzarse tanto por describir una parte de la fe, se encuentran con que se han olvidado de otra, y por el deseo desmedido de su anhelo por sacar al pobre pecador de un equívoco, con frecuencia lo llevan a un error más grande. Así que creo que puedo decir que, aunque la fe es la cosa más sencilla del mundo, es una de las más difíciles sobre las cuales predicar, porque a raíz de su misma importancia, nuestra alma empieza a temblar mientras hablamos de ella, y entonces no podemos describirla tan claramente como podríamos.

Quiero esta mañana, con la ayuda de Dios, dar forma a diversos pensamientos sobre la fe, cada uno de los cuales pude haber mencionado ante ustedes en diferentes ocasiones, pero que hasta ahora no habían sido coleccionados en un sermón y que, sin duda, han sido mal interpretados por no haber sido organizados en su debido orden consecutivo. Hablaré un poco sobre cada uno de estos puntos: primero, *el objeto de la fe*, en qué confía; luego, *la razón de la fe*, de dónde viene; tercero, *la base de la fe*, o de qué se viste cuando llega; cuarto, *la garantía de la fe*, o por qué se atreve a venir a Cristo y, quinto, *el resultado de la fe*, o cómo aumenta cuando viene a Cristo.

## 1. El objeto de la fe, o en qué confía la fe

Me dice la Palabra de Dios que crea —¿Qué he de creer? Me insta que confíe—¿En qué debo confiar? ¿Cuál es el objeto de mi esperanza, mi creencia y mi confianza? La respuesta es sencilla. El objeto de la fe para el pecador es Cristo Jesús. ¡Cuántos se equivocan en cuanto a esto y creen que tienen que creer en *Dios el Padre*! Ahora bien, creer en Dios es un resultado posterior a la fe en Jesús. Llegamos a creer en el amor eterno del Padre como resultado de haber confiado en la preciosa sangre de su Hijo. Muchos dicen: “Yo creería en Cristo si supiera que soy escogido.” Esto es venir al Padre, y no hay hombre que pueda venir al Padre excepto por medio de Cristo. Elegir es la obra del Padre; uno no puede venir directamente a él, por lo tanto uno no puede saber de su elección hasta haber creído primero en Cristo el Redentor, y entonces por medio de la redención, uno puede acercarse al Padre y saber que fue elegido.

Algunos también cometen el error de confiar en la obra de Dios el *Espíritu Santo*. Buscan en su interior para ver si tienen ciertos sentimientos y, si los encuentran, su fe es fuerte, pero si sus sentimientos se han esfumado, entonces su fe es débil, de manera que confían en la obra del Espíritu que no es el objeto de la fe del pecador. Hay que confiar tanto en el Padre como en el Espíritu a fin de completar la redención, pero para obtener la misericordia particular de la justificación y el perdón, la única apelación es a la sangre del Mediador. El *cristiano* tiene que confiar en el Espíritu después de su conversión, pero lo que tiene que hacer el pecador, si ha de ser salvo, no es confiar en el Espíritu ni depender del Espíritu sino confiar en Cristo Jesús, y solamente en él. Sé que su salvación depende de toda la Trinidad, no obstante, el primer e inmediato objeto de la fe justificadora del pecador no es Dios el Padre ni Dios el Espíritu Santo, sino Dios el Hijo, encarnado en carne humana y ofreciendo expiación por los pecadores. ¿Tiene usted el ojo de la fe? Entonces, alma, confíe en *Cristo como Dios*. Si quiere ser salvo, crea que él es Dios sobre todo, bendito eternamente. Inclínese delante de él y acéptelo por ser “Dios verdadero de Dios verdadero” porque si no, no tiene usted parte con él.

Una vez que haya creído esto, crea en él como *hombre*. Crea la maravillosa historia de su encarnación; dependa del testimonio de los evangelistas que declaran que el Infinito se vistió en el infante, que el Eterno se escondió dentro del mortal; que aquel que era Rey de los cielos se hizo siervo de los siervos y llegó a ser el Hijo del hombre. Crea y

admire el misterio de su encarnación porque, a menos que crea esto, no puede ser salvo.

Luego, especialmente, si ha de ser salvo, deje que su fe contemple a Cristo en su *perfecta justicia y rectitud*. Véalo cumpliendo la ley sin mancha, obedeciendo a su Padre sin error; preservando su integridad sin falla. Todo esto ha de considerar usted como algo hecho a su favor. Usted no puede cumplir la ley; él la cumplió por usted. Usted no puede obedecer a Dios perfectamente—he aquí que la obediencia de él remplaza a su obediencia—por ella es usted salvo. Pero asegúrese de que su fe se aferre a Cristo *como muriendo y como muerto*. Vea al Cordero de Dios mudo ante sus trasquiladores; véalo como el varón de dolores, experimentado en quebranto; acompañelo en el Getsemaní y contémplole sudando gotas de sangre. Sepa que su fe nada tiene que ver con algo dentro de usted mismo; el objeto de su fe no es nada dentro de usted, sino algo fuera de usted. Crea en él, entonces, quien en aquel madero con sus manos y pies traspasados por clavos derrama su vida por los pecadores. Ese es el objeto de su fe para justificación; no fe en usted mismo, no en nada que el Espíritu Santo haya hecho en usted ni nada que le ha prometido hacer por usted; más bien tiene usted que confiar en Cristo y solamente en Cristo.

Luego deje que su fe contemple a Cristo como *levantándose de los muertos*. Véalo—ha cargado con la maldición, y ahora recibe la justificación. Muere para pagar la deuda; y se levanta para clavar en la cruz las escrituras de esa deuda pagada. Véalo ascendiendo a lo alto, y luego contémplole este día presentando sus ruegos ante el trono del Padre. Está allí rogando por su pueblo, ofreciendo hoy su petición llena de autoridad por todos los que vienen a Dios por medio de él. Y él, como Dios, como hombre, como el que vive, como el que muere, como el que resucita y como el que reina en lo alto—él, y sólo él, debe ser el objeto de su fe para el perdón de sus pecados.

Y en nada más debe usted confiar; él debe ser el único apoyo y pilar de su confianza; y todo lo que agregue usted a esto será un maligno anticristo, una rebelión contra la soberanía del Señor Jesús. Pero cuídese de que su fe lo salve, de que al confiar en Cristo en todas estas cuestiones lo considere como un *sustituto*. La doctrina de la sustitución es tan imprescindible a todo el plan de salvación que tengo que explicarlo aquí por milésima vez. Dios es justo, tiene que castigar el pecado; Dios es misericordioso, su voluntad es perdonar a los que creen en Jesús. ¿Cómo se ha de efectuar esto? ¿Cómo puede ser justo y demandar la pena—misericordioso y aceptar al pecador? Hace esto: toma los pecados de su pueblo y en verdad los levanta de su pueblo cargándoselos a Cristo, de

modo que puedan presentarse como inocentes que nunca han pecado, y Cristo es considerado por Dios como si hubiera sido todos los pecadores del mundo en uno. Los pecados de su pueblo fueron quitados de sus personas ciertamente y sin lugar a dudas, no típicamente ni metafóricamente, sino ciertamente y sin lugar a dudas le fueron cargados a Cristo. Luego apareció Dios con su espada de fuego para enfrentarse al pecado y castigarlo. Se enfrentó con Cristo. Cristo no era él mismo un pecador; pero todos los pecados de su pueblo le fueron imputados. La justicia, por lo tanto, enfrentó a Cristo como si hubiera sido el pecador—castigó a Cristo por los pecados de su pueblo—lo castigó hasta donde alcanzaban sus derechos—le exigió el último átomo del castigo y no dejó ni un sorbo en la copa. Y ahora, el que puede ver a Cristo como su sustituto, y pone su confianza en él, es así librado de la maldición de la ley.

Alma, cuando vea a Cristo obedeciendo la ley, su fe debe decir: “Obedece por su pueblo.” Cuando lo vea muriendo, debe contar las gotas púrpuras y decir: “Así me quitó los pecados.” Cuando lo vea levantándose de los muertos, debe decir: “Se levanta como la cabeza y el representante de todos sus escogidos.” Y cuando lo ve sentado a la diestra de Dios, tiene que verlo como la promesa de que todos aquellos por quienes murió ciertamente se sentarán a la diestra de Dios. Aprenda a ver a Cristo como si a los ojos de Dios él fuera el pecador. “En él no había pecado.” Fue *“el justo”*, pero sufrió por los injustos. Fue recto, pero tomó el lugar de los pecadores; y todo lo que les correspondía sufrir a los pecadores, Cristo sufrió una vez por todas, y quitó sus pecados para siempre por medio de sacrificarse a sí mismo. Ahora éste es el gran objeto de la fe. Le ruego, no se equivoque en esto, porque una equivocación aquí será peligroso, hasta fatal. Vea a Cristo, por su fe, como siendo en su vida, y su muerte, y sus sufrimientos y su resurrección, el sustituto de todos los que el Padre le dio—el sacrificio vicario por los pecados de todos los que le confían su alma. Cristo, entonces, como se ha expuesto, es el objeto de la fe que justifica.

Ahora permítame comentar que sin duda algunos de ustedes estarán diciendo: “Oh, yo creería y yo sería salvo *si...*” —¿Si qué? ¿Si Cristo hubiera muerto? “Oh no, señor mi duda nada tiene que ver con Cristo.” Lo sabía. Entonces, ¿cuál es la duda? “Pues, creería *si sintiera esto, o si hubiera hecho aquello.*” Ah sí; pero le digo que usted no podría creer en Jesús si sintiera esto o hubiera hecho aquello, porque entonces creería en usted mismo, y no en Cristo. Esa es la realidad. Si usted fuera así o así entonces confiaría. ¿Confiaría en qué? Pues, confiaría en sus sentimientos, y su seguridad se basaría en sus obras, y eso es

exactamente lo contrario a confiar en Cristo. La fe no debe surgir de algo bueno dentro de mí a fin de poder ser salvo, sino afirmar que no obstante y a pesar de que soy culpable a los ojos de Dios y merezco su ira, creo que la sangre de Jesucristo su Hijo, me limpia de todo pecado; y aunque mi preocupación por mi seguridad me condena, mi fe vence mi preocupación y sí creo que “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios.”

Acercarse a Cristo como un santo es muy fácil; confiar en que el médico lo está curando cuando usted cree que está mejorando, es muy fácil; pero confiar en su doctor cuando siente que su cuerpo tiene una sentencia de muerte, mantener el ánimo cuando la enfermedad avanza en la propia piel o cuando la úlcera está incrementando su veneno— creer aun entonces en la eficacia del medicamento—eso es fe. De la misma manera, cuando el pecado lo domina, cuando siente que la ley lo condena, entonces, aun entonces, como pecador, confiar en Cristo, esa es la proeza más temeraria en todo el mundo; y la fe que derrumbó los muros de Jericó, la fe que levantó a los muertos, la fe que detuvo la boca de los leones, no fue mayor que la del pobre pecador, cuando a pesar de todos sus pecados se atreve a confiar en la sangre y justicia de Jesucristo. Haga esto, alma, y entonces será salva, sea usted quien fuere. El objeto de la fe, entonces, es Cristo como el sustituto de los pecadores. Dios en Cristo, pero no Dios aparte de Cristo, ni ninguna obra del Espíritu, sino la obra de Jesús sólo debe ser considerada por usted como el fundamento de su esperanza.

## **2. La razón de la fe; o, ¿por qué cree el hombre y de dónde viene su fe?**

“La fe es por el oír.” Así es, pero ¿acaso no oyen todos los hombres, y muchos siguen siendo incrédulos? ¿Cómo, entonces, llega el hombre a tener fe? Su fe llega a ser su experiencia como resultado de un *sentimiento de necesidad*. Se siente necesitando de un Salvador; encuentra que Cristo es el salvador como él quiere y entonces, porque no lo puede evitar, cree en Jesús. Al no tener nada suyo, siente que debe tomar a Cristo o perecer y por lo tanto lo hace porque no puede menos que hacerlo. Es atrapado en un rincón y tiene esta única manera de escapar, concretamente por la justicia de otro; porque siente que no puede escapar por medio de ninguna buena obra o sus propios sufrimientos, y acude a Cristo y se humilla porque no puede hacer nada sin Cristo, y parece a menos que se tome de él.



Pero, para profundizar más la pregunta: ¿De dónde saca ese hombre su sentido de necesidad? ¿Cómo es que *él*, más bien que otros, siente su necesidad de Cristo? De seguro no tiene *él* más necesidad de Cristo que otros hombres. ¿Cómo llega a saber, entonces, que está perdido y arruinado? ¿Cómo es que es impulsado por el sentido de ruina a tomarse de Cristo el restaurador? La respuesta es: esto es *don de Dios*; esto es obra del Espíritu. Nadie viene a Cristo a menos que el Espíritu lo atraiga, y el Espíritu atrae a los hombres a Cristo por medio de encerrarlos bajo la ley hasta tener la convicción de que si no acuden a Cristo perecerán. Luego, como obligados por el mal tiempo, enfilan y llegan a este puerto celestial. La salvación por medio de Cristo es tan desagradable para nuestra mente carnal, tan contraria a nuestro amor por los méritos humanos, que nunca aceptaríamos que Cristo fuera todo para nosotros, si el Espíritu no nos convenciera de que no somos nada y no nos compeliere a tomarnos de Cristo.

Pero, profundicemos aún más en la pregunta: ¿Cómo es que el Espíritu de Dios enseña a algunos hombres su necesidad y a otros no? ¿Por qué es que algunos de ustedes fueron impulsados hacia Cristo por su sentido de necesidad, mientras que otros siguen con su fariseísmo y perecen? No hay más respuesta que ésta: “Es así, Padre, porque te pareció bien.” Al final de cuentas, es cosa de la soberanía de Dios. “Señor...escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños.” Como lo expresó Cristo: “Mis ovejas oyen mi voz”; “vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas, como os he dicho.” A algunos teólogos les gustaría leer: “No sois mis ovejas porque no creéis.” Como si creer nos convirtiera en ovejas de Cristo; en cambio, el versículo dice: “no creéis porque no sois de mis ovejas.” “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí.” Si no vienen es una prueba clara de que nunca fueron dadas; porque los que en la antigüedad fueron dados eternamente a Cristo, escogidos de Dios el Padre y luego redimidos por Dios el Hijo—éstos fueron guiados por el Espíritu, por medio de un sentido de necesidad de acudir y tomarse de Cristo. Nadie ha sentido, ni jamás sentirá su necesidad de Cristo, a menos que el Espíritu se lo haga sentir, y el Espíritu jamás hará que alguien sienta su necesidad de Cristo como Salvador, a menos que esté escrito en aquel libro eterno, en el cual Dios ha grabado los nombres de sus escogidos. Por lo tanto, creo que no me entenderán mal en este punto, que la razón de la fe, o por qué los hombres creen, es el amor electivo de Dios obrando a través del Espíritu por medio de un sentido de necesidad y, de esta manera, trayéndolos a Cristo Jesús.

### 3. La base de la fe del pecador; o, en base a qué se atreve a creer en el Señor Jesucristo

Pero ahora quiero su cuidadosa atención al llegar a otro punto sobre el cual quizá piensen que me contradigo, y éste es: LA BASE DE LA FE DEL PECADOR o en base a qué se atreve a creer en el Señor Jesucristo.

Mis queridos amigos, ya he dicho que nadie cree en Jesús a menos que sienta que lo necesita. Pero me han oído decir con frecuencia, y lo vuelvo a repetir, que no acudo a Cristo implorando sentir que lo necesito; mi razón por creer en Cristo no es que *siento* mi necesidad de él, sino que *tengo* necesidad de él. La base sobre la que el hombre viene a Jesús, no es como un pecador sensato, sino como un pecador y nada más que un pecador. No viene a menos que se le abran los ojos pero cuando viene no dice: “Señor, vengo a ti porque soy un pecador a quien se le han abierto los ojos, sálvame.” En cambio dice: “Señor, soy pecador, sálvame.” No es que se le hayan abierto los ojos, sino que su pecaminosidad es el método y el plan por medio de los cuales se atreve a venir. Ojalá entiendan lo que quiero decir, porque no puedo explicarlo exactamente en este momento. Si me refiero a la predicación de muchos teólogos calvinistas, le dicen al pecador: “Ahora bien, si *siente usted* su necesidad de Cristo, *si* se ha arrepentido tanto o cuanto, si ha sido acosado por la ley a tal o cual grado, entonces puede venir a Cristo en base a que es un pecador al que se le han abierto los ojos.” Afirmo que esto es falso. Nadie puede venir a Cristo en base a que es un pecador al que se le han abierto los ojos; tiene que venir a él *como un pecador*. Cuando vengo a Jesús, sé que no vengo a menos que se me hayan abierto los ojos, no obstante, no vengo como un pecador a quien se le han abierto los ojos. No me paro al pie de la cruz para ser lavado porque me he arrepentido; cuando vengo, no traigo otra cosa que el pecado. Tener un sentido de necesidad es un buen sentimiento, pero cuando me encuentro al pie de la cruz, no creo en Cristo porque tengo buenos sentimientos, sino porque creo en él, tenga o no yo buenos sentimientos.

*Tal como soy, de pecador,  
Sin más confianza que tu amor,  
Ya que me llamas, vengo a ti;  
Cordero de Dios, heme aquí.*

Los señores Roger, Sheppard, Flavel y varios excelente teólogos en la época puritana, y especialmente Richard Baxter, solían dar descripciones de lo que debía sentir alguien antes de atreverse a venir a Cristo. Ahora

bien, digo usando las palabras del buen Sr. Fenner, otro de esos teólogos quien se consideraba un infante en la gracia comparado con ellos: “Me atrevo a decirlo: todo esto no es bíblico. Los pecadores sienten estas cosas cuando vienen, pero no vienen en base a haberlo sentido; vienen en base a que son pecadores, y en base a ninguna otra cosa.” La puerta de la Misericordia se abre, y sobre la puerta está escrito: “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los *pecadores*.” Entre esa palabra salvar y esa palabra pecadores no hay adjetivo. No dice “pecadores penitentes,” “pecadores a quienes les han abierto los ojos,” “pecadores sensatos,” “pecadores dolientes,” “pecadores alarmados.” No, dice solamente “pecadores”, y sé esto: que cuando vengo a Cristo, vengo a Cristo hoy, porque siento que es una necesidad en mi vida venir a la cruz de Cristo hoy tanto como lo fue venir hace diez años—cuando vengo a él no me atrevo a venir como un pecador consciente, o como un pecador a quien se le han abierto los ojos, sino que tengo que venir aún como un pecador con las manos vacías. Vi a un anciano esta semana en la sacristía de una capilla en Yorkshire. Había estado yo diciendo algo similar a esto: el anciano había sido creyente durante años, y dijo: “Nunca he visto que se dijera exactamente así, pero sé que esa es justo la manera como yo vengo; Digo ‘Señor,

*Nada en mis manos traigo,  
Simplemente a tu cruz me aferro;  
Desnudo, busco en ti ser revestido;  
Impotente, buscando gracia vengo;  
Negro —“Bastante negro,” dijo el anciano—  
Yo a la fuente vuelo,  
Lávame, Salvador, o yo me muero.”*

Fe es salirse de uno mismo e introducirse en Cristo. Sé que muchos centenares de pobres almas se han afligido porque su pastor ha dicho: “Si sientes tú la necesidad, puedes venir a Cristo.” “Pero,” dicen ellos, “no siento mi necesidad lo suficiente; estoy seguro que no lo es.” He recibido muchas cartas de pobres conciencias afligidas que decían: “Me atrevería a creer en Cristo para que me salvara si tuviera una conciencia tierna; si tuviera un corazón blando—pero oh, mi corazón es como un témpano de hielo que no se derrite. No siento lo que quisiera sentir y, por lo tanto, no he de creer en Jesús.” ¡Oh, abajo con eso, abajo con eso! ¡Es un maligno anticristo; es categóricamente papismo! No es su corazón blando lo que le da derecho a creer. Usted tiene que creer en Cristo para renovar su duro corazón, y venir a él sin ninguna otra cosa fuera del pecado. La base

sobre la que el pecador viene a Cristo es que él está negro, que está muerto y no porque sabe que está muerto; que está perdido, y no porque sabe que está perdido. Sé que no vendrá a menos que lo sepa, pero esa no es la base sobre la cual viene. Es el porqué secreto, pero no es la base pública, positiva que comprende. Aquí estaba yo, año tras año, temiendo venir a Cristo porque creía que no sentía lo suficiente; y solía leer ese himno de Cowper acerca de ser insensible como el acero:

*Si algo siento, es sólo el dolor  
de encontrarme que no puedo sentir.*

Cuando creí en Cristo, pensé que nada sentía. *Ahora*, al recordarlo, me encuentro con que sí había estado sintiendo todo el tiempo muy aguda e intensamente, y sobre todo porque creía que no sentía. Por lo general las personas que más se arrepienten, piensan que son impenitentes, y las personas más sienten su necesidad cuando piensan que nada sienten, porque no somos jueces de nuestros sentimientos y, por lo tanto, la invitación del evangelio no se basa en nada de lo cual podemos ser jueces; es sobre la base de que somos pecadores y nada más que pecadores. “Bueno”, dice uno, “pero dice: ‘Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar’—entonces tenemos que estar trabajados y cargados.” Pues sí, eso dice el texto, pero después hay otro. “El que quiere... venga”; y eso no dice nada de “trabajados y cargados.” Además, aunque la invitación se extiende a los trabajados y cargados, percibirá usted que la promesa no se les hace *como* trabajados y cargados, sino que se les hace *como* viniendo a Cristo. No sabían que estaban trabajados y cargados cuando vinieron; se creían que no lo estaban. Pero realmente lo estaban, pero parte de su cansancio era que no sentían tanto cansancio como les hubiera gustado y parte de su carga era que no sentían su carga lo suficiente. Vinieron a Cristo tal como eran, y él los salvó no porque hubiera ningún mérito en su cansancio, ni ninguna eficacia en estar cargados, sino que los salvó como pecadores y nada más que pecadores, y así fueron lavados en su sangre y fueron limpios. Mi querido oyente, déjeme impactarle con esta verdad. Si viene a Cristo esta mañana, nada más que como pecador, él no lo echará fuera.

El anciano Tobías Crisp dice en uno de sus sermones precisamente sobre este punto: “Me atrevo a decirlo, que si usted viene a Cristo, sea quien fuere, si él no lo recibe, entonces no cumple su palabra, porque dice: ‘Al que a mí viene, no le echo fuera.’” Si usted viene, no preste atención a sus habilidades o preparación. Él no necesita ningún título que lo califique en sus tareas o sentimientos. Usted tiene que venir tal

como es, y si usted es el pecador más grande del infierno, puede venir a Cristo como si fuera el hombre más moral y más excelente. Hay un baño: ¿quién merece ser bañado? La negrura del hombre no es razón por la cual no deba ser lavado; sino la razón más clara de por qué debe serlo. Cuando los magistrados de nuestra ciudad daban ayuda a los pobres, nadie dijo: “Soy pobre, pero no merezco recibir ayuda.” Su pobreza es su preparación, aquí lo negro es lo blanco. ¡Extraña contradicción! Lo único que puede usted traer a Cristo es su pecado y su maldad. Lo único que pide es que llegue vacío. Si tiene usted algo propio, tiene que dejarlo antes de venir. Si hay algo de bueno en usted, no puede confiar en Cristo, tiene que venir sin nada en su mano. Tómelo como el todo en todo, y esa es la única base sobre la cual la pobre alma puede ser salva—como un pecador, y nada más que un pecador.

#### **4. La garantía de la fe; o, por qué se atreve a confiar en Cristo**

¿No es imprudente que el hombre confíe en Cristo para que le salve, y especialmente cuando no tiene nada de bueno? ¿No es una presunción arrogante que el hombre confíe en Cristo? No, señores, no lo es. Es una obra grande y noble de Dios el Espíritu Santo el que un hombre sea acusado de sus pecados y aun así crea y ponga su firma de que Dios es veraz, y crea en la virtud de la sangre de Jesús. Pero por qué se atreve el hombre a creer en Cristo, es lo que pregunto ahora. “Bueno,” dice un hombre, “Pedí fe para creer en Cristo porque sentí que el Espíritu hacía su obra en mí.” No cree usted en Cristo para nada. “Bueno,” dice otro, “yo creía tener el derecho de creer en Cristo, porque así lo sentí.” No tenía usted ningún derecho de creer en Cristo basado en una garantía como esa. Entonces, cuál es la garantía del hombre para creer en Cristo. Es ésta. Cristo le dice que lo haga, esa es su garantía. La palabra de Cristo es la garantía del pecador para creer en Cristo—no lo que siente ni lo que es, ni lo que no es, sino que Cristo le ha dicho que lo haga. El Evangelio afirma: “Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo... El que no creyere, será condenado.”

La fe en Cristo, entonces, es un deber que se nos ha mandado tanto como un bendito privilegio y qué misericordioso es que sea un deber; porque nunca puede haber ninguna duda de que alguien tenga el derecho de cumplir su deber. Ahora bien, sobre la base de que Dios me ordena que crea, tengo el derecho de creer, sea yo quien fuere. El evangelio es enviado a toda criatura. Bueno, yo pertenezco a esa tribu; yo soy una de todas esas criaturas, y el evangelio me ordena creer y lo hago.

No puedo equivocarme al hacerlo porque se me ordena que lo haga. No puedo equivocarme al obedecer un mandato de Dios. Ahora bien, es un mandato dado a toda criatura el que crea en Jesucristo a quien Dios envió. Ésta es su garantía, pecador, y qué garantía bendita es, porque es una que el infierno no puede negar, y el cielo no puede retirar. No necesita usted buscar las garantías nebulosas de su experiencia, no necesita usted confiar en sus obras y sus sentimientos para obtener garantías grises e insuficientes para su confianza en Cristo. Puede usted creer en Cristo porque él le dice que lo haga. Éste es un fundamento seguro sobre el cual basarse, y uno que no admite duda.

Supongamos que todos estuviéramos pasando hambre; que la ciudad ha sido sitiada y cerrada y que ha habido una larga, larga hambruna, y estamos a punto de morir de inanición. Nos llega una invitación para ir inmediatamente al palacio de un grande y comer y beber allí; pero nos hemos vuelto necios, y no aceptamos la invitación. Supongamos ahora que nos ha atacado una espantosa locura, tanto que preferimos morir, que preferimos morirnos de hambre que ir. Supongamos que el heraldo del rey dijera: “Venid y saciaros, pobres almas hambrientas, y porque sé que no queréis venir, agrego esta amenaza: si no venís mis guerreros os atacarán, y sentiréis el filo de sus espadas.” Creo, mis queridos amigos, que diríamos: “Bendecimos al hombre grande por esa amenaza porque ahora no diremos: ‘Creo que no iré,’ porque la realidad es que no podemos quedarnos y no ir. No es necesario decir no soy digno de venir porque se me manda ir, y si me amenazan si no voy; iré.” Esa terrible sentencia—“El que no creyere, será condenado”—fue agregada no por ira, sino porque el Señor conocía nuestra necia locura, y que rechazaríamos su misericordia para con nosotros a menos que nos instara fuertemente a venir a la gran cena. “Fuérzalos a entrar”; ésta fue la Palabra del Maestro, y ese texto es parte del cumplimiento de esa exhortación: “Fuérzalos a entrar.”

Pecador, no puede usted perderse por confiar en Cristo, pero estará perdido si no confía en él, ay, y perdido por no confiar en él. Se lo digo directamente ahora—pecador, no sólo puede usted venir, sino que ¡oh! le ruego, no desafíe la ira de Dios negándose a venir. Las puertas de la misericordia están abiertas de par en par. ¿Por qué no viene? ¿Por qué no? ¿Por qué tanto orgullo? ¿Por qué sigue rechazando su voz y muriendo en sus pecados? Atención, que si perece, cualquiera de ustedes, vuestra sangre no queda a la puerta de Dios, ni a la puerta de Cristo, sino a la de ustedes mismos. Él puede decirles: “No queréis venir a mí para que os dé vida.” ¡Oh! pobre tembloroso, si quiere usted venir, no hay nada en la Palabra de Dios que le impida hacerlo, pero hay tantas

amenazas para impulsarlo como poderes para atraerlo. Todavía le escucho decir: “No puedo confiar en Cristo.” *Debe* hacerlo, digo, porque toda criatura bajo el cielo tiene el mandato de hacerlo, y lo que se le ordena hacer, puede hacer.

“¡Ah! Bueno,” dice uno, “aún así no siento que puedo hacerlo.” Otra vez lo mismo; dice usted que no hará lo que Dios le manda, por ciertos estúpidos sentimientos suyos. No se le dice que confíe en Cristo porque siente algo, sino simplemente porque es usted un pecador. Ahora usted sabe que es pecador. “Lo soy,” dice uno, “y ese es mi pesar.” ¿Por qué su pesar? Eso es un indicio que usted siente. “Ay,” dice uno, “pero no siento lo suficiente, y es por eso que siento pesar. No siento lo que debiera.” Bueno, suponga que sí siente o suponga que no, usted es un pecador, y “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores.”

“Oh, pero hace tanto tiempo que soy pecador; ya llevo sesenta años de pecado.” ¿Dónde está escrito que después de los sesenta usted no puede ser salvo? Señor, Cristo le puede salvar a los cien años de edad—sí, aun si fuera un Matusalén en pecado. “La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.” “El que quiere... venga.” “Puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios.” “Sí,” dice uno, “pero yo he sido un borracho, un blasfemo, o lascivo, o profano.” Entonces usted es un pecador, no ha ido más allá de lo perpetuo, y él puede aún salvarle. “Ay,” dice otro, “pero usted no sabe cuánto se ha agravado mi culpa.” Es sólo prueba que es usted un pecador, y que se le ordena confiar en Cristo y ser salvo. “Ay,” clama otro, “pero usted no sabe cuántas veces he rechazado a Cristo.” Sí, pero eso sólo lo hace más pecador. “Usted no sabe qué corazón duro tengo.” Pues sí, pero eso sólo prueba que es un pecador y aun prueba que usted es uno de los que Cristo vino a salvar. “Oh, pero, señor, no he hecho nada bueno. Si lo hubiera hecho, tendría algo que me alentara.” El hecho de que usted no tenga nada de bueno sólo me da prueba que usted es el hombre a quien fui enviado a predicar. Cristo vino a salvar lo que se había perdido, y todo lo que usted ha dicho sólo prueba que usted está perdido y, por lo tanto, él vino para salvarle. Sí, confíe en él, confíe en él. “Pero si soy salvo,” dice uno, “seré el más grande de los pecadores que jamás haya sido salvado.” Entonces, más música habrá en el cielo cuando llegue usted allí; más gloria para Cristo porque más grande es el pecador, cuanto más honra a Cristo cuando al final sea recogido en la patria celestial. “Ay, pero mi pecado ha sido mucho.” Mucha más será su gracia. “Pero mi pecado ha llegado aun al cielo.” Sí, pero su misericordia llega más allá de los cielos. “¡Oh! Pero mi culpa es tan grande como el mundo.” Sí, pero su justicia es

más grande que mil mundos. “Ay, pero mi pecado es escarlata.” Sí, pero la sangre de él es más escarlata que sus pecados, y puede limpiar su escarlata por medio de un escarlata más intenso. “¡Ay! Pero merezco estar perdido, y la muerte y el infierno claman pidiendo mi condenación.” Sí, puede ser, pero la sangre de Jesucristo puede clamar más alto que la muerte o el infierno, y clama hoy: “Padre, deja vivir al pecador.”

¡Oh! Quisiera que mi boca emitiera este pensamiento y se lo hiciera entrar en su cabeza, que cuando Dios le salva, no es por nada en usted, es por algo en él mismo. El amor de Dios no tiene ninguna razón fuera de sí mismo; la razón por la que Dios perdona al pecado se encuentra en su propio corazón, no en el pecador. Y hay tanta razón en usted de por qué debe ser salvo como la hay en que otro deba ser salvo, o sea, ninguna razón. No hay ninguna razón en usted de por qué él debe tenerle misericordia, y ninguna razón quiere, porque la razón está en Dios y sólo en Dios.

## **5. El resultado de la fe; o, cómo aumenta cuando viene a Cristo**

Hay un hombre allí que justo en este momento ha creído; no es condenado. Pero ha estado cincuenta años en pecado, y se ha dado a toda clase de vicios; sus pecados, que son muchos, han sido todos perdonados. Se encuentra ahora ante Dios tan inocente como si nunca hubiera pecado. Tal es el poder de la sangre de Jesús, que “el que en él cree, no es condenado.”

¿Se relaciona esto con lo que sucederá el Día del Juicio? Le ruego que mire el texto, y verá que no dice: “El que cree no será condenado”, sino que no lo es; no lo es ahora. Si no lo es ahora, entonces es lógico que nunca lo sea, porque habiendo creído en Cristo esa promesa sigue en pie: “El que en él cree, no es condenado.” Estoy seguro de que hoy no soy condenado; dentro de cincuenta años esa promesa será igual—“El que en él cree, no es condenado.” Así que en el momento que el hombre pone su confianza en Cristo, es libre de toda condenación—pasada, presente y por venir; y desde ese día se encuentra ante los ojos de Dios como si no tuviera mancha o arruga, ni nada parecido. “Pero peca,” dice usted. Sí, así es, pero sus pecados no le son imputados. Fueron imputados a Cristo en la antigüedad, y Dios nunca puede cargar la ofensa a dos—primero a Cristo, y luego al pecador. “Ay, pero cae con frecuencia en pecado.” Eso puede ser; aunque si el Espíritu de Dios mora en él no peca tanto como



hubiera podido. Peca en razón de su debilidad, no porque ame el pecado, porque ahora lo odia. Pero, atención, usted puede pensar lo que quiera, pero yo responderé: “Sí, pero aunque peque, ya no es culpable ante los ojos de Dios, porque su culpa le ha sido quitada y cargada a Cristo—positiva, literal y realmente tomada de él y puesta sobre Jesucristo.”

¿Ve a las huestes judías? Traen un macho cabrío, el sumo sacerdote confiesa el pecado del pueblo sobre la cabeza del macho cabrío. El pecado ha sido quitado del pueblo y puesto sobre el macho cabrío. Y es enviado al desierto. ¿Ha quedado algún pecado sobre el pueblo? De ser así, el macho cabrío no se lo ha llevado. Porque no puede estar aquí y también allá. No puede ser llevado y también dejado. “No”, dice usted, “las Escrituras dicen que el macho cabrío se llevaba el pecado; ya no quedaba ninguno sobre el pueblo cuando el macho cabrío se había llevado el pecado.” De la misma manera, cuando por fe ponemos nuestra mano sobre la cabeza de Cristo, Cristo se lleva nuestros pecados, ¿o no se lo lleva? Si no se los lleva entonces no vale la pena que creamos en él; pero si realmente se lleva nuestros pecados, entonces nuestros pecados no pueden estar sobre él y también sobre nosotros; pero si están sobre Cristo, estamos libres, limpios, aceptados, justificados, y ésta es la verdadera doctrina de la justificación por fe.

En cuanto alguien cree en Cristo Jesús, sus pecados se han ido de él, y se han ido para siempre. Ahora están borrados. Si un hombre debe cien libras esterlinas, pero tiene un recibo de pago, está libre; la deuda ha sido borrada del libro y la deuda ha desaparecido. Aunque el hombre cometa pecado, porque su deuda fue pagada antes de incurrir en ella, ya no es deudor según la ley de Dios. ¿No dicen las Escrituras que Dios ha echado los pecados de su pueblo en lo profundo del mar? Ahora bien, si están en lo profundo del mar, no pueden estar también en su pueblo. Bendito sea su nombre, el día en que echa nuestros pecados en lo profundo del mar nos considera puros a sus ojos, y somos aceptados en el Amado. Luego dice: “Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones.” No pueden ser alejadas y seguir estando aquí. Entonces, si cree usted en Cristo, ya no es un pecador a los ojos de Dios; es usted aceptado como si fuera perfecto, como si hubiera cumplido la ley—porque Cristo la cumplió, y la justicia de él es de usted. Usted la ha infringido, pero sus pecados son de él, y él ha sido castigado por ellos. No se engañe más; ya no es lo que era; al creer toma usted el lugar de Cristo, así como Cristo otrora tomó el lugar de usted. La transformación es completa, el intercambio es positivo y eterno. Los que creen en Jesús son tan aceptados por Dios el Padre como es aceptado el Hijo Eterno; y los

que no creen, hagan lo que quieran, seguirán tratando de obrar su propia justicia; pero permanecen bajo la ley, todavía están bajo condenación.

Ahora, ustedes que creen en Jesús, andan por esta tierra en la gloria de esta gran verdad. Ustedes en sí mismos son pecadores, pero han sido lavados en la sangre de Cristo. David dice: “Lávame, y seré más blanco que la nieve.” Han visto caer la nieve hace poco. ¡Qué límpida! ¡Qué blanca! ¿Qué puede ser más blanco? Pues, el cristiano es más blanco que eso. Ustedes dicen: “Es negro.” Yo sé que es tan negro como cualquiera—tan negro como el infierno—pero sobre él cae la gota de sangre y es blanco—“más blanco que la nieve.” La próxima vez que vea usted los cristales de blanca nieve cayendo del cielo, mírelos y diga: “¡Ah! Aunque tengo que confesar dentro de mí que soy indigno e impuro, no obstante, creyendo en Cristo, él me ha dado tan completamente su justicia y rectitud que soy aún más blanco que la nieve que desciende de los tesoros de Dios.” ¡Oh! tener fe para aferrarme a esto. ¡Oh! tener una fe tan fuerte que logra la victoria sobre dudas y temores y nos hace disfrutar la libertad con que Cristo hace libre a los hombres. Vayan a casa, ustedes que creen en Cristo, y acuéstense esta noche, y digan: “Si muero en mi cama no puedo ser condenado.” Si despiertan a la mañana siguiente, salgan al mundo y digan: “No soy condenado.” Cuando el diablo les aúlla, díganle: “¡Ah! Puedes acusarme, pero no estoy condenado.” Y si a veces surgen los pecados, digan: “Ah, yo los conozco, pero ustedes se han ido para siempre; no estoy condenado.” Y cuando les llegue el momento de morir, cierren sus ojos en paz.

*Firme aquel gran día te presentarás,  
Porque ¿quién un cargo imputarte podrá?*

Por gracia serán encontrados totalmente absueltos al fin y toda la tremenda maldición y culpa del pecado serán quitadas, no por nada que ustedes hayan hecho. Ruego que todos ustedes vengan a Cristo por gratitud, pero cuando lo hayan hecho todo, no descansen allí. Sigán descansando en la sustitución y el sacrificio. Sean ustedes lo que Cristo fue a los ojos de su Padre, y cuando la conciencia despierta, le pueden decir que Cristo fue por ustedes todo lo que deberían haber sido ustedes, que él sufrió todo el castigo de ustedes; y ahora ni la misericordia ni la justicia puede atormentarles, ya que la justicia se ha tomado de la mano con la misericordia en un pacto firme de salvar a aquel hombre cuya fe descansa en la cruz de Cristo. El Señor bendiga estas palabras. Amén.

## 6. La declaración satisfactoria que hacen las Escrituras con respecto a los que tienen fe

Usted sabe que en los tribunales de justicia, un veredicto de “*inocente*” significa una absolución, y que el prisionero es puesto inmediatamente en libertad. Lo mismo sucede en el lenguaje del evangelio; una sentencia de “*no condenado*” implica la justificación del pecador. Significa que el creyente en Cristo recibe *ahora* una justificación en el *presente*. La fe no produce sus frutos en el futuro, sino *ahora*. En la medida que la justificación es el resultado de la fe, es otorgada al alma en el momento cuando se acerca a Cristo y lo hace como su todo en todo. ¿Están justificados los que comparecen ante el trono de Dios esta noche? Igualmente nosotros estamos justificados tan cierta y claramente como los que caminan en blancura y cantan sus alabanzas en lo alto. El ladrón en la cruz fue justificado el momento que puso su fe en Jesús quien, en ese instante, colgaba a su lado. Pablo, el anciano, después de años de servicio, no estaba más justificado que el ladrón que no había realizado ningún servicio. Somos hoy aceptados en el Amado, *hoy* absueltos del pecado, *hoy* inocentes a los ojos de Dios. ¡Oh, pensamiento cautivador que transporta al alma! Hay algunos racimos de esta vid que no podremos recoger hasta ir al cielo; pero éste es el primer racimo maduro y puede ser cortado y comido aquí. Éste no es como el fruto de la Tierra Prometida, que nunca podremos comer hasta cruzar el Jordán; sino que es parte del maná en el desierto, y es parte también de nuestro ropaje diario que Dios nos brinda en el ir y venir de nuestro peregrinaje.

Somos *ahora*—aun *ahora* perdonados; aun *ahora* nuestros pecados han sido quitados; aun *ahora* nos encontramos ante Dios como si nunca hubiéramos sido culpables; inocentes como el padre Adán cuando vivía en integridad antes de haber comido el fruto del árbol prohibido; puros como si nunca hubiéramos recibido la mancha de depravación en nuestras venas. “*Ahora*, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús.” No hay ningún pecado en el Libro de Dios, aun *ahora*, contra uno de su pueblo. No hay nada imputado a su cargo. No hay ni una mota, ni mancha, ni arruga, ni ninguna cosa semejante que haya quedado en ningún creyente en lo que a justificación respecta a los ojos del Juez de toda la tierra.

Pero, continuando, nuestro texto evidentemente significa no simplemente el presente, sino justificación *continua*. En el momento cuando usted y yo creímos, se dijo de nosotros: “No es condenado.” Muchos días han pasado desde entonces, muchos cambios hemos visto,

pero es cierto de nosotros esta noche: “No es condenado.” Sólo el Señor sabe hasta cuándo viviremos—cuánto tiempo pasará antes de cumplir el tiempo del asalariado, y como una sombra desapareceremos. Pero esto sabemos, dado que toda palabra de Dios es segura, y los dones de Dios no están sujetos al arrepentimiento, que aunque viviéramos otros cincuenta años, seguiría estando escrito aquí: “El que en él cree, no es condenado.” O si por algún misterioso obrar providencial nuestra vida se extendiera diez veces más que el límite usual del hombre, y llegáramos a los ochocientos o novecientos años como Matusalén, seguiría diciendo lo mismo—“El que cree en él, no es condenado.” “Yo les doy [a mis ovejas] vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano.” “El justo por su fe vivirá.” “El que creyere en él, no será avergonzado.” Todas estas promesas demuestran que la justificación que Cristo da a nuestra fe es continua, la cual durará toda nuestra vida.

Y recuerden, durará en la eternidad tanto como en el tiempo. No usaremos en el cielo ningún ropaje distinto al que usamos aquí. Hoy los justos visten la justicia de Cristo. Usarán este mismo ropaje de boda en la gran cena de boda. ¿Pero qué si se gasta? ¿Qué si esa justicia pierde su virtud en la eternidad por venir? ¡Oh amados! No hemos de temer tal cosa. Cielo y tierra pasarán, pero esta justicia nunca declinará. Ninguna polilla la comerá; ningún ladrón la hurtará; ningún llanto de lamentación la rasgará en dos. Es, tiene que ser eterna como Cristo mismo, Jehová nuestra justicia. Porque él es nuestra justicia, el auto existente, el eterno, el inmutable Jehová, cuyos años no tienen fin, y cuya fuerza no falla, por lo tanto, nuestra justicia no tiene fin; y su perfección y hermosura nunca acabarán. El texto, creo, nos enseña muy claramente que el que cree en Cristo ha recibido para siempre una justificación continua.

También piensen por un momento: la justificación de la que se habla aquí es *completa*. “El que en él cree, no es condenado,” es decir, no en ninguna medida ni en ningún grado. Sé que algunos opinan que es posible encontrarnos en un estado en que estamos medio condenados y medio aceptados. En la medida que somos pecadores, somos condenados; y en la medida que somos justos, somos aceptados. Oh amados, no hay nada así en las Escrituras. Es totalmente contrario a la doctrina del evangelio. Si fuera por obras, ya no sería por gracia; y si fuera por gracia, ya no sería por obras. Las obras y la gracia no se pueden mezclar y combinar como no pueden mezclarse el fuego y el agua; es uno o el otro, no puede ser ambas cosas; los dos nunca pueden unirse. No puede haber una mezcla de los dos, ninguna dilución de uno con el otro. El que cree es libre de toda iniquidad, de toda culpa, de todo cargo. Cuando el diablo

hace una acusación, es falsa, porque somos libres aun de acusaciones, ya que éstas son desafiadas vigorosamente: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios?” No dice: “¿Quién los probará?” sino “¿Quién los acusará?” Están tan completamente libres de condenación que no tienen ni sombra de una mancha en sus almas; ni siquiera la más leve demostración de iniquidad para dar su negra sombra sobre ellos. Están ante Dios no como medio inocentes, sino como perfectamente inocentes; no como medio limpios, sino más blancos que la nieve. Sus pecados no han sido simplemente borrados, han sido olvidados; no simplemente están fuera de la vista, sino que han sido echados en lo profundo del mar; no sólo han sido alejados, y alejados como lo está el oriente del occidente, pero alejados para siempre, una vez por todas.

Saben, amados, que el judío en su purificación ceremonial nunca tenía una conciencia libre de pecado. Después de un sacrificio todavía necesitaba otro, porque esas ofrendas nunca podían hacer perfectos a los que las ofrecían. Los pecados del día siguiente necesitaban un nuevo cordero, y la iniquidad del año siguiente necesitaba una nueva víctima como expiación. “Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios.” Ya no se necesitan sacrificios quemados, no más lavamientos, no más sangre, no más expiación, no más sacrificios. Escuche exclamar al Salvador moribundo: “¡Consumado es!” Nuestros pecados han recibido un golpe mortal, el manto de nuestra justicia ha recibido su último hilo. Está hecho, completo, perfecto. No necesita ningún agregado; nunca puede sufrir una disminución.

Oh, cristiano, aprópiase de este valioso pensamiento; quizá no pueda yo expresarlo más que en débiles términos, pero no deje que mi debilidad impida que se apropie de su gloria y su riqueza. Es como para hacernos saltar aunque tengamos las piernas aprisionadas en grilletes; es como para cantar aunque nuestra boca esté amordazada, pensar que somos perfectamente aceptados en Cristo, que nuestra justificación no es parcial, que no tiene una medida limitada, sino que lo abarca todo. Nuestra iniquidad ha sido cubierta; somos entera e irrevocablemente libres de condenación.

Una vez más. La no condenación es *eficaz*. El privilegio real de la justificación nunca fallará. Se aplicará a todo creyente. Durante el reinado del Rey Jorge Tercero, el hijo de un miembro de esta iglesia fue sentenciado a muerte por falsificación. Mi precursor, el Dr. Rippon, después de esfuerzos increíbles, obtuvo la promesa de que su sentencia sería perdonada. Por una singular casualidad el que es ahora el diácono decano —en aquel entonces era joven— se enteró por el director de la

cárcel que la conmutación de la pena no había sido recibida; y el infeliz prisionero hubiera sido ejecutado la mañana siguiente, si el Dr. Rippon no hubiera ido inmediatamente a Windsor, obtenido una entrevista con el rey en su recámara y recibido de la propia mano del monarca una copia de la conmutación que había sido negligentemente dejada a un lado por descuido de un oficial. “Le encomiendo, doctor,” dijo su majestad, “que se apure usted.” “Confíe, señor, que así lo haré,” respondió el anciano pastor, y regresó a Londres a tiempo, justo a tiempo y apenas a tiempo, pues el prisionero ya era llevado con muchos otros al cadalso. Ay, ese perdón podía haber sido otorgado, y no obstante el hombre hubiera sido ejecutado si no se hubiera cumplido con eficacia.

Pero bendito sea Dios, nuestra no condenación es una cosa eficaz. No es cuestión de ceñirse a un documento, es cuestión de ceñirse a la realidad. Ah, pobres almas, ustedes saben que la condenación es una cuestión que se ciñe a la realidad. Cuando usted y yo sufríamos en nuestra alma, y nos encontrábamos bajo la pesada mano de la ley, sentíamos que sus maldiciones no eran truenos falsos como la ira del Vaticano, sino que eran reales; sentimos que la ira de Dios era ciertamente algo ante la cual temblar—una realidad ciertamente sustancial. Ahora, tan real como la condenación que la Justicia dicta, es real la justificación que la misericordia otorga. No es usted inocente sólo nominalmente, lo es realmente, si cree en Cristo. No es sólo nominalmente puesto en la posición de inocente, sino que realmente es colocado allí en el momento que cree en Jesús. No sólo se dice que sus pecados se han alejado, sino que realmente se han alejado. No sólo lo mira Dios como si fuera aceptado; usted es aceptado. Es un hecho para usted tanto como es un hecho el que haya pecado usted. Usted no duda haber pecado, no lo puede dudar; no dude entonces creer que sus pecados han sido quitados. Porque tan cierto como la mancha negra que cayó sobre usted cuando pecaba, es la seguridad de que todo quedó limpio cuando fue lavado usted en la fuente llena de sangre, extraída de las venas de Emanuel.

Venga, alma mía, piense en esto. Usted es realmente y eficazmente librado de culpa. Es usted librado de su prisión. Ya no está usted en cadenas como un esclavo. Está usted ahora libre de la esclavitud de la Ley. Es libre del pecado y puede andar donde quiera como un hombre libre. La sangre del Salvador ha logrado su libertad toda. Venga, alma mía, tiene usted el derecho de acercarse a los pies de su Padre. No hay ahora allí lenguas de fuego de venganza para asustarle; no hay espada ardiente; la justicia no puede destruir al inocente. Venga, alma mía, sus incapacidades han sido quitadas. Antes no podía ver el rostro de su Padre;

ahora sí lo puede ver. Antes no podía hablar con él, ni él con usted; pero ahora puede usted acercarse confiadamente a esta gracia en la que nos encontramos. Antes temía usted al infierno; ahora ya no hay infierno para usted. ¿Cómo puede haber castigo para el que está libre de culpa? Él que cree está libre de culpa, no es condenado y no puede ser castigado. Ahora ya no tenemos la desaprobación de un Dios vengador. Si Dios nos viera como una juez, ¿cómo podría desaprobarnos al que está libre de culpa? ¿Cómo podría el Juez desaprobarnos al que ha sido absuelto? Ahora que ha sido justificado cuenta con más privilegios de los que habría podido disfrutar si no hubiera pecado. Todas las bendiciones que habría podido tener si hubiera cumplido la ley al máximo, son suyas esta noche porque Cristo las ha reservado para usted. Todo el amor y toda la aceptación que un ser perfectamente obediente pudiera haber obtenido de Dios, le pertenecen a usted, porque Cristo fue perfectamente obediente en su lugar, y ha imputado todos sus propios méritos a la cuenta de usted a fin de que pueda ser sumamente rico por medio de aquel que por usted se hizo sumamente pobre.

¡Oh que el Espíritu Santo agrandara nuestros corazones para poder sorber la dulzura de estos pensamientos! No hay condenación. Además, nunca habrá ninguna condenación. El perdón no es parcial, es perfecto; es tan eficaz que nos libra de las penas de la Ley, nos da todos los privilegios de la obediencia, y realmente nos coloca en una posición mucho más elevada de la que habríamos tenido si nunca hubiéramos pecado. Nos afirma con más seguridad nuestra posición de lo que habría sido si nunca hubiéramos caído. No estamos ahora donde estaba Adán, pues Adán podía caer y morir. Más bien estamos donde Adán hubiera estado si Dios lo hubiera puesto en el jardín por siete años, y dicho: “Si eres obediente por siete años, tu período de libertad condicional habrá pasado y te recompensaré.” En un sentido se podría decir que los hijos de Dios están en un estado de libertad condicional; en otro sentido no hay libertad condicional. No hay libertad condicional en el sentido de que el hijo de Dios será o no salvo. Ya es salvo; sus pecados han sido lavados; su justicia es completa: y si esa justicia pudiera durar un millón de años de libertad condicional, nunca sería profanada. De hecho, siempre será igual ante los ojos de Dios, y lo será por siempre jamás.

## **7. Errores por cuya causa con frecuencia los creyentes están abatidos**

¡Qué simplones somos! Sea cual fuere nuestra edad natural, ¡qué infantiles somos en las cosas espirituales! ¡Qué simplones tremendos

somos en el primer momento de creer en Cristo! Pensamos que ser perdonados incluye muchísimas cosas que después descubrimos que nada tienen que ver con nuestro perdón. Por ejemplo, creemos que nunca volveremos a pecar; nos imaginamos que la batalla ya se ha terminado de librar; que hemos entrado en una pradera hermosa, donde no tendremos más conflictos; que realmente tenemos la victoria, y que no tenemos más que ponernos de pie y mover una palma de un lado a otro; que todo ha pasado, que a Dios le resta llamarnos a su presencia y que entraremos al cielo sin tener que luchar contra ningún enemigo en la tierra.

Ahora bien, todos estos son errores obvios. Aunque el texto tiene un gran significado, no significa nada de este tipo. Observe que aunque sí afirma, “El que en él cree, no es condenado,” no dice que la fe del que cree no será ejercitada. Su fe será ejercitada. Una fe no puesta a prueba no es fe. Dios nunca dio a los hombres fe sin la intención de probarla. La fe es recibida con el propósito preciso de producir perseverancia. Así como nuestros amigos del Cuerpo de Tiro colocan un blanco con la intención de dispararle. Dios da fe con la intención de dejar que las pruebas y tribulaciones, y el pecado y Satanás, nos disparen todas sus saetas. El que tenga usted fe en Cristo es un gran privilegio; pero recuerde que involucra una gran prueba. Pidió usted que se le concediera una gran fe la otra noche; ¿consideró que pedía también grandes tribulaciones? No puede usted tener una gran fe para luego guardarla y que se herrumbre.

El señor Gran Corazón en el libro *El Progreso del Peregrino*<sup>1</sup> por Juan Bunyan, era un hombre fuerte, pero fuerte era el trabajo que tenía que hacer. Decenas de veces tenía que ir con todas esas mujeres y niños a la ciudad celestial y luego regresar; tenía que luchar con todos los gigantes y ahuyentar todos los leones; tenía que matar al gigante Mata lo Bueno y tirar abajo el Castillo de la Desesperación. Si tiene usted mucha fe, tendrá necesidad de usarla toda. Nunca le quedará ni una migaja de sobra, será como las vírgenes en la parábola de nuestro Señor, aunque sea usted una virgen sabia, tendrá que decirle a otros que quieren pedirle prestado: “No, no sea que no tengamos lo suficiente para nosotras y para ustedes.”

Pero cuando su fe es ejercitada con las pruebas, no crea que está siendo juzgado por sus pecados. Oh no, creyente, habrá abundante

---

<sup>1</sup> Describe la vida cristiana como un peregrino viajando a la Ciudad Celestial; la primera parte esta disponible de CHAPEL LIBRARY como un folleto.



oportunidad de ejercer su fe, pero eso no es condenación. Hay muchas pruebas, pero sigue siendo justificado; podemos ser golpeados reiteradamente, pero nunca somos condenados; podemos con frecuencia sentirnos abatidos, pero la espada del Señor nunca nos traspasa el corazón.

Sí, hay más; no sólo puede nuestra fe ser ejercitada, nuestra fe también puede estar en el punto más bajo, y aun así no podemos ser condenados. Cuando su fe se empequeñezca tanto que no la puede ver, aun entonces no es usted condenado. Si alguna vez creyó en Jesús, su fe puede ser como el océano que se retira a gran distancia de la costa y deja una vasta expansión de barro, y alguno puede decir que el mar se ha ido o se ha secado. Pero usted no es condenado cuando su fe parece haberse secado. ¡Ay! —y me atrevo a decirlo— cuando su fe está a pleamar, no es más aceptado entonces, que cuando su fe está en su punto más bajo, porque el hecho de que sea aceptado no depende de la cantidad de su fe, sólo depende de su realidad. Si usted realmente descansa en Cristo, aunque su fe sea apenas una centella, y mil demonios procuren apagar esa única centella, no es condenado. Usted sigue en su posición de ser aceptado en Cristo, aunque sus consuelos necesariamente se desintegren al declinar su fe, su aceptación no se desintegra. Su fe sube y baja como un termómetro; aunque la fe sea como el mercurio en la cubeta, que sube y baja según las temperaturas, el amor de Dios no es afectado por la temperatura en la tierra, o los cambios del tiempo. Hasta que la justicia perfecta de Cristo pueda ser algo mutable—una pelota de fútbol a ser pateada por los pies de los demonios—el que sea aceptado por Dios nunca puede cambiar. Usted es, usted puede ser, aceptado perfectamente en el Amado.

Hay otras cosas que con frecuencia prueban al hijo de Dios. A veces pierde la luz del rostro de su Padre. Ahora bien, recuerde que el texto no dice: “El que en él cree no se perderá la luz del rostro de Dios.” Le puede suceder, pero no será condenado por ello. Usted puede andar, no sólo durante días sino durante meses en tal estado que poca comunión tiene con Cristo, muy poca comunión gozosa con Dios. Le puede parecer que las promesas no se cumplen, la Biblia le ofrece poco consuelo; y cuando dirige su mirada al cielo quizá tenga que sentir tanto más el dolor de la vara de su Padre; puede haber enfadado y contristado a su Espíritu, y puede él haber apartado su rostro de usted. Pero no es usted condenado por eso. Preste atención al testimonio: “El que en él cree, no es condenado.” Aunque cuando su Padre lo golpea y le deja un moretón con cada latigazo, y hace brotar sangre con cada azote, no hay ni una partícula de condenación en ninguno de ellos. No es en su ira, sino en el

costoso amor de su pacto que lo golpea. Hay un afecto puro en cada azote de amor que viene de la mano de su Padre como disciplina, tanto como lo hay en los besos de los labios de Jesucristo. ¡Oh! crea esto; le levantará su corazón, le dará ánimo cuando no haya sol ni luna. Honrará a su Dios, le mostrara en qué radica realmente su aceptación. Cuando su rostro se haya apartado, siga creyendo en él, y diga: “Él permanece fiel aunque esconda de mí su rostro.”

Iré aún un poco más allá. El hijo de Dios puede ser tan atacado por Satanás, que muy bien puede caer en la desesperación, y aún así no es condenado. Los demonios pueden hacer resonar los grandes tambores del infierno en su oído, hasta el punto que se cree al borde mismo de la perdición. Puede leer la Biblia, y creer que cada amenaza es en su contra, y que cada promesa desaparece sin darle alivio, y puede al fin desesperarse, y desesperarse y desesperarse, hasta estar listo para romper el arpa que por tanto tiempo ha estado colgada del sauce. Puede decir: “El Señor me ha abandonado, mi Dios ya no muestra su gracia”; pero no es cierto. Sí, puede usted estar listo para jurar mil veces que la misericordia de Dios se ha apartado para siempre, y que su fidelidad fracasará eternamente; pero no es cierto, no es cierto. Mil mentirosos jurando una falsedad no la convierte en una verdad, y todas nuestras dudas y nuestros temores son mentirosos. Y si hubiera diez mil de ellos, y todos profesaran lo mismo, es falso que Dios abandone alguna vez a su pueblo, o que aparte de sí a un hombre inocente; y recuerde, usted es inocente cuando cree en Jesús. “Pero”, dice usted, “estoy lleno de pecado.” “Ay”, digo yo, “pero ese pecado le fue cargado a Cristo.” “Oh,” dice usted, “pero pecho todos los días.” “Ay”, digo yo, “pero ese pecado le fue cargado a él antes de que usted lo cometiera, años atrás. No es suyo; Cristo se lo ha llevado de una vez para siempre. Usted es un hombre justo por fe, y Dios no abandonará al justo, ni echará al inocente.” Digo, entonces, la fe del hijo de Dios puede estar en un punto bajo; puede perder la luz del rostro de su Padre y puede aun caer en una total desesperación; aun así nada de eso puede desmentir el texto: “El que en él cree, no es condenado.”

“Pero qué”, dice usted, “¿si el hijo de Dios peca?” Es un tema profundo y sensible, pero tenemos que considerarlo y hacerlo atrevidamente. No andaré con rodeos al presentar la verdad de Dios, no sea que alguien la use mal. Sé que hay algunos, no en el pueblo de Dios, que dicen: “Pequemos, para que la gracia abunde.” La condenación de ellos es justa. Yo no puedo remediar la perversión de la verdad. Siempre habrá quienes tomen la mejor comida como si fuera veneno y convierten la mejor verdad en una mentira y, al hacerlo, condenan sus propias

almas. Usted pregunta: “¿Qué pasa si un hijo de Dios cae en pecado?” Contesto: El hijo de Dios sí cae en pecado; todos los días llora y se lamenta porque cuando quiere hacer lo bueno, el mal está con él. Pero aunque cae en pecados, no es condenado por ellos—por ninguno de ellos, ni por todos ellos juntos, porque el hecho de que sea aceptado no depende de él, sino de la justicia perfecta de Cristo; y esa justicia perfecta no es invalidada por ningún pecado de él. Él es perfecto en Cristo; y mientras Cristo no sea imperfecto, las imperfecciones de la criatura humana no estropean la justificación del creyente a los ojos de Dios.

Pero, ¡oh! si cae en algún pecado flagrante—¡Oh Dios, no lo permitas!—si cae en algún pecado flagrante, irá con huesos rotos, pero igual irá al cielo. Aunque, a fin de probarlo y hacerle ver su iniquidad se le deja apartarse, el que lo compró no lo perderá; el que lo escogió no lo descartará; le dirá: “Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados.” David quizá nunca se había apartado tanto, pero David no estaba perdido. Volvió y clamó: “Ten piedad de mí, oh Dios.” Y lo mismo sucede con cada alma creyente—Cristo lo volverá a traer. Aunque resbale, será conservado, y toda simiente escogida se reunirá alrededor del trono. Si no fuera por esta última verdad—aunque a algunos no les guste—¿qué le sucedería a algunos del pueblo de Dios? Se entregarían a la desesperación. Si he estado dirigiéndome a alguien que se ha apartado, le ruego que no haga mal uso de lo que he dicho. Déjeme decirle a él: “¡Pobre tú que te has apartado! Las entrañas de tu Padre te anhelan, no ha borrado tu nombre del registro. Vuelve, vuelve ahora a él y dí, ‘Recíbeme en tu gracia, y ámame libremente’; y él dirá: ‘Te incluiré entre mis hijos.’ Él pasará por alto tu alejamiento y sanará tus iniquidades; y contarás nuevamente con su favor, y sabrás que todavía eres aceptado en la justicia del Redentor y salvado por su sangre.” El texto no significa que el hijo de Dios no será probado; pero sí significa esto, una vez y para siempre: “El que en él cree, no es condenado.” En ningún momento, por ninguna razón se encuentra bajo la pena de condenación, sino que es justificado perpetuamente a los ojos de Dios.

## 8. Lo que esta fe incluye

Si no somos condenados, entonces no hay instante en que Dios considere a sus hijos culpables, cuando creen en Cristo. ¿Le sorprende que lo diga de esta manera? Lo repito; desde el momento cuando cree en Cristo, Dios deja de considerarlo culpable; porque nunca lo considera aparte de Cristo. Con frecuencia usted se considera culpable, y cae de

rodillas como debiera hacerlo, y llora y se lamenta; pero aun entonces, mientras llora por el pecado innato y real; él sigue diciendo desde el cielo: “En lo que a tu justificación respecta, eres todo hermoso y bello.” Usted es negro como las carpas de Kedar—ese es usted por naturaleza; usted es hermoso como las cortinas de Salomón—ese es usted en Cristo. Usted es negro—ese es usted en Adán; pero bello, ese es usted en el segundo Adán. ¡Oh, piense en eso! Que usted es siempre bello a los ojos de Dios, siempre a los ojos de Dios hermoso, siempre a los ojos de Dios como si fuera perfecto. Porque está usted completo en Cristo Jesús, y perfecto en Cristo Jesús, como lo dice el apóstol en otro lugar. Siempre se encuentra usted totalmente limpio y arropado en Cristo. Recuérdelo; pues ciertamente mi texto lo incluye.

Otro gran pensamiento incluido en mi texto es éste: Como creyente, no está nunca usted sujeto al castigo por sus pecados. Será reprendido debido a ellos, como un padre reprende a su hijo; eso es parte de la dispensación del evangelio; pero no será castigado por sus pecados como el juez castiga al criminal. Su Padre puede disciplinarlo muchas veces como disciplina al impío. Pero nunca por la misma razón. Los impíos se basan en sus propios deméritos, reciben sus sufrimientos como pago justo. Pero las penalidades de usted no son cuestión de un pago justo; son cuestión de amor. Dios sabe que en un sentido sus penalidades son tal privilegio que usted puede considerarlos como un favor inmerecido. Muchas veces he pensado en eso cuando he pasado por algún gran sufrimiento. Sé que algunos dicen: “Te mereciste el sufrimiento.” Sí, mis queridos hermanos, pero no hay suficiente mérito en todos los cristianos puestos juntos, para merecer una cosa tan buena como la reprensión de amor de nuestro Padre celestial. Quizá usted no lo pueda entender; no puede pensar que un sufrimiento le llegue como una verdadera bendición en el pacto. Pero sé que la vara del pacto es un don de gracia tal como lo es la sangre del pacto. No es cuestión de lo que uno merece o amerita; nos es dado porque lo necesitamos. Pero me pregunto si alguna vez hemos sido tan buenos como para merecerlo. Nunca podemos llegar a tal altura como para merecer la providencia tan abundante, tan llena de gracia como esta bendición del pacto—la vara de nuestro Dios aleccionador.

En ningún momento en su vida ha caído sobre usted un azote de la ley. Desde que creyó en Cristo está fuera de la jurisdicción de la ley. La ley de Inglaterra no puede tocar a un francés mientras viva bajo la protección de su propio emperador. Usted no está bajo la ley, está bajo la gracia. La ley del Sinaí no puede tocarlo, porque usted está fuera de su jurisdicción. Usted no está en el Sinaí ni en Arabia. Usted no es hijo de

Agar ni el hijo de una sierva, usted es hijo de Sara y ha llegado a Jerusalén y es libre. Ha salido de Arabia y ha llegado a la tierra feliz del propio Dios. Usted no está bajo Agar, sino bajo Sara; bajo el propio pacto de la gracia de Dios. Usted es un hijo de la promesa, y recibirá la herencia del propio Dios. Crea esto: que nunca caerá sobre usted un azote de la ley; nunca caerá sobre usted la ira de Dios en el sentido judicial. Puede darle un azote de reprensión, no como resultado del pecado, sino como resultado de su propia gracia abundante, que le quita el pecado a fin de ser perfeccionado en santificación, tal como es ahora perfecto y completo delante de él en la sangre y justicia de Jesucristo.

## 9. Lo que esta fe excluye

¡Qué excluye! Bueno, estoy seguro que excluye la *jactancia*. “El que en él cree, no es condenado.” ¡Ah! Si dijera: “El que *trabaja* no es condenado,” entonces usted y yo podríamos jactarnos todo lo que quisiéramos. Pero cuando dice “El que en él *cree*”—*pues* entonces, no queda lugar para que digamos ni media palabra en defensa del viejo yo. No, Señor, si no soy condenado, es por tu gracia gratuita, porque he merecido ser condenado mil veces desde que he estado en este púlpito esta noche. Cuando estoy de rodillas, y no soy condenado, estoy seguro que debe ser por la gracia soberana, pues aun cuando estoy orando merezco ser condenado. Aun cuando nos estamos arrepintiendo estamos pecando, y agregando más pecados cuando nos estamos arrepintiendo de ellos. Cada acción que realizamos, como resultado de la carne, es volver a pecar, y nuestros mejores hechos están tan manchados de pecado que es difícil saber si son buenas obras o malas obras. Mientras sean las nuestras propias, son malas, mientras sean las obras del Espíritu son buenas. Pero entonces el bien no es nuestro, es del Espíritu, y sólo el mal permanece en nosotros. ¡Ah, entonces no podemos jactarnos! ¡Fuera de aquí, orgullo! ¡Fuera! El creyente debe ser humilde. Si levanta su cabeza para decir algo, entonces sí que es nada. No sabe donde está, ni cual es su posición cuando empieza a jactarse como si su diestra le hubiera dado la victoria. Deje de jactarse, creyente. Viva humildemente ante su Dios, y no deje nunca que una palabra de vanagloria escape de sus labios. Sacrifique el yo, y haga que su canto sea ante el trono, “No a nosotros, no a nosotros, sino que a tu nombre sea la gloria por siempre jamás.”

¿Qué más excluye el texto? Creo que ha de excluir—ahora estoy por golpearme a mí mismo—ha de excluir *dudas* y *temores*. “El que en él cree, no es condenado.” ¿Cómo se nos ocurre a mí y a usted tener la cara tan larga, y andar del modo que lo hacemos a veces como si cargáramos

sobre nuestras espaldas un mundo de problemas? Qué hubiera dado yo diez u once años atrás por saber que este texto era seguro para mí, que yo no era condenado. Pues bien, yo pensaba que si al menos podía sentir de una vez que era perdonado, y tuviera que vivir de pan y agua, ser encerrado en un calabozo, y ser azotado todos los días, lo habría aceptado gustosamente, si hubiera podido sentir de una vez que mis pecados eran perdonados. Ahora es usted un hombre perdonado, ¡y aún así está abatido! ¡Oh! qué vergüenza para usted. ¡Ninguna condenación! ¿Y sigue deprimido? ¡Vergüenza debiera darle, cristiano! Levántese y seque las lágrimas de sus ojos.

¡Oh! si hubiera una persona en la cárcel ahora, esperando ser ajusticiado la semana que viene, si pudiera usted ir y decirle: “Ha sido perdonado,” ¿no se levantaría gozoso de un salto; y aunque hubiera perdido sus bienes, y aunque fuera posible que él, después de recibir el perdón, sufriera muchas cosas, pero mientras su vida sea perdonada, ¿qué significaría todo esto para él? Sentiría que es menos que nada. Ahora bien, cristiano, usted ha sido perdonado, sus pecados han sido perdonados. Cristo le ha dicho: “Sus pecados, que son muchos, han sido todos perdonados”—¿y sigue deprimido? Bueno, si tenemos que estarlo a veces, hagamos que sea lo más breve posible. Si a veces tenemos que estar abatidos, pidamos al Señor que nos vuelva a levantar. Me temo que algunos de nosotros hemos caído en malas costumbres, y hemos hecho una práctica del estar alicaídos. Tenga cuidado, cristiano, tenga cuidado, ira aumentando en usted—ese espíritu desagradable. Si no se acerca a Dios para que le quite las dudas y los temores, pronto le rondarán como las moscas en Egipto. Cuando puede matar la primera duda grande, quizá mate cien; porque una duda grande producirá mil, y matar la madre es matar toda su prole. Por lo tanto, esté atento contra la primera duda, no sea que llegue a sentirse confirmado en su desaliento y termine en triste abatimiento. “El que en él cree, no es condenado.” Si esto excluye la jactancia, ha de excluir también las dudas.

Lo reitero: “El que en él cree, no es condenado.” Esto excluye *volver a pecar*. Mi Señor, he pecado contra ti tantas veces y ¿aun así me has perdonado todo gratuitamente? ¿Qué motivo más poderoso podría tener yo para no volver a pecar? Ah, hay algunos que dicen que ésta es una doctrina licenciosa. El hombre que encuentra libertinaje en esto debe ser mil demonios en uno. ¡Qué! ¿Me voy y pecho porque he sido perdonado? ¿Me voy y vivo en iniquidad porque Jesucristo quitó mi culpa y sufrió en mi lugar? La naturaleza humana ya es mala, pero creo que el peor estado de la naturaleza humana, es tratar de presentar un argumento para pecar en base a la gracia gratuita de Dios. Es mucho más difícil pecar contra la

sangre de Cristo, y contra un sentimiento de haber recibido perdón, que contra los terrores de la ley y el temor al mismo infierno. Sé que cuando mi alma se alarma más por un temor a la ira de Dios, puedo pecar tranquilamente en comparación a cuando tengo un sentimiento de amor que inunda mi corazón. ¡Qué puede ser más monstruoso! ¿Saberse perdonado y pecar? ¡Oh, vil réprobo! Se encuentra usted al borde del más profundo infierno. Pero estoy seguro de que si es usted hijo de Dios, dirá cuando sea perdonado y se sienta justificado en Cristo Jesús:

“Ahora, por el amor que a su nombre tengo, Lo que contaba como ganancia; Cuento como pérdida;

*Mi orgullo de antes  
es ahora mi vergüenza,  
Y en su cruz clavo mi gloria.”*

Sí, debo hacerlo y lo haré: estimaré todas las cosas como pérdida por amor de Cristo. ¡Oh que mi alma se encuentre en él, perfecta en su justicia! Esto le hará vivir cerca de él: esto le hará parecerse a él. No crea que esta doctrina, por creerla, le haga pensar livianamente del pecado. Le hará pensar en él como el duro y cruel verdugo que ajustició a Cristo; como una terrible carga que nunca le puede ser quitada a usted a menos que sea por el brazo eterno de Dios; y entonces lo odiará con toda su alma, porque es rebelión contra un Dios amante y lleno de gracia, y podrá usted por este medio, mucho mejor que por cualquier duda arminiana u objeción legalista, seguir las pisadas de su Señor Jesús y seguir al Cordero dondequiera que vaya.

Creo que todo este sermón, aunque he estado predicando a los hijos de Dios, es para los pecadores también. Pecador, quisiera que usted así lo considerara. Si sabe esto, que el que en él *cree no es condenado*, entonces, si cree usted, no será condenado; y espero que todo lo que he dicho esta noche le ayude a creer esto en su alma. Oh, pero dice usted: “¿Puedo confiar en Cristo?” Como lo dije esta mañana, no es cuestión de que si puede o no, se le ordena que lo haga. Las Escrituras ordenan que el evangelio sea predicado a toda criatura, y el evangelio es: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo.” Sé que será usted demasiado orgulloso para hacerlo, a menos que Dios, por su gracia, lo humille. Pero si siente usted esta noche que no es nadie y que nada propio tiene, creo que estará muy contento de aceptar a Cristo como su todo en todo. Si puede usted decir con el pobre Jack el Charlatán.

*Soy un pobre pecador y nada soy,  
Puede ir y decir con él, esta noche,  
Pero Jesucristo es mi todo en todo.  
Dios quiera que así sea, en su nombre.*

Amén.

